

**PARTE I**

**LA DESAPARICIÓN**



# CAPÍTULO 1

*Lisboa, Portugal*

*Día 1. 7.28 a. m.*

ARIEL DESPIERTA, SOLA.

La luz del sol entra a raudales por el espacio entre las cortinas y proyecta una columna brillante en la pared, casi dolorosa de ver.

Ariel siente calor. Aparta la sábana hacia el otro lado de la cama, donde debería estar su flamante esposo, pero no está. Su mirada se pasea por la habitación, como si saltara sobre las piedras al cruzar un arroyo, buscando algún rastro de John, pero no encuentra ninguno. Se deja caer en la corriente gélida de un pánico ya conocido: ¿y si se equivocó con él, con todo esto?

El reloj de la mesita de noche marca las 7.28 en un rojo alarmante. Es mucho más tarde que la hora en que Ariel se despierta habitualmente, en especial en esta época del año. Son los meses más atareados en la granja: los pájaros empiezan a cantar alrededor de las cuatro de la madrugada, el trabajo del campo comienza al amanecer, los perros ladran, los hombres gritan por sobre el traqueteo de los motores. Es difícil dormir con todo ese alboroto, incluso si ella quisiera.

Ariel ha sido madrugadora desde que nació George; era

necesario mientras fue un bebé, pero cuando el niño comenzó a dormir durante más horas seguidas, ella no lo imitó. Levantarse temprano se convirtió en una cuestión ideológica, de carácter. Así quería que se la conociera, aunque solo fuera para sí misma: por levantarse temprano, acostarse temprano y ser una trabajadora incansable entre ambos momentos; una persona seria y responsable, después de haber malgastado su juventud, o algo aún peor que malgastarla.

A pesar de su pulso acelerado, Ariel todavía está atontada; su mente, turbia. La noche anterior realmente debe de haberla golpeado: la deshidratación y el agotamiento de los viajes internacionales, el desfase horario, la comida, el vino y el sexo, la píldora para dormir que John le hizo tomar.

Él se había levantado de la cama; ambos estaban empapados de sudor, agotados. Se volvió para mirar a Ariel, para admirarla desnuda, acostada; un rubor rosado se extendía por su pecho palpitante, subía por el cuello y llegaba a las mejillas, como una infección que avanza rápidamente. Se inclinó hacia ella, pero se detuvo justo antes de que sus bocas se encontraran. La miró fijamente a los ojos, haciéndola desear hasta que ella ya no pudo esperar más y estiró el cuello para darle un beso que fue casi demasiado largo, profundo, y desencadenó una nueva oleada de excitación, que se sumó a la que aún sentía. Su piel tan viva, tan cosquilleante, puro deseo. Ariel lo vio moverse lentamente por la habitación a oscuras, con cuidado de no tropezar, de no golpearse un dedo de un pie. Desnudo junto a la ventana, movió el cierre de los postigos hasta que se oyó el clic satisfactorio cuando se abrieron. Aferró un panel en cada mano y los empujó suavemente hasta que se abrieron de par en par. Luego, el toque suave de las yemas de los dedos, como pidiendo permiso.

Esto es exactamente lo que Ariel siempre ha deseado. Exactamente lo que ha conseguido, por lo menos hasta ahora.

Ariel escucha algo fuera de la habitación desordenada.

—¿John?

No hay respuesta.

Camina cautelosamente hacia el origen de ese sonido y se detiene en seco en la puerta de la *suite*, consciente de que solo lleva puesta una camiseta. Mira hacia abajo para ver cuánto cubre. No lo suficiente. Vuelve a escuchar el mismo ruido; definitivamente viene de ahí afuera, justo al otro lado de la puerta.

—¿John?

—*Desculpe*. —Es la voz de una mujer, amortiguada por la puerta—. *Serviço de limpeza*.

Ariel se asoma por la mirilla; una camarera está ordenando los elementos de su carrito.

—*Desculpe* —repite.

Ariel se aleja de la puerta. Mira alrededor de la sala de estar, cuyas paredes están pintadas de un tono gris pálido tan luminiscente que es como estar dentro de una ostra. Baja la mirada hacia las copas que tomaron la noche anterior antes de dormir, los cojines del sofá esparcidos por el suelo, los zapatos apartados de un puntapié. Allí, en el sofá, habían comenzado, todavía vestidos, pero con las ropas desabotonadas y luego arrojadas a un lado, a acariciarse, a lamerse y chuparse, golpeándose las rodillas y raspándose contra la textura de la alfombra hasta que John dijo: “Vayamos a la cama” con la voz trémula de excitación. Ariel ni siquiera podía hablar.

Revisa su teléfono: nada. No hay notificaciones ni alertas, solo la pantalla de inicio ocupada por la foto de un niño pequeño abrazado a dos perros grandes; una imagen que ya tiene cuatro años, pero es tan perfecta que no puede soportar reemplazarla con algo más nuevo.

Todavía son las dos y media de la madrugada en la costa este, donde viven casi todas las personas que Ariel conoce. Ni siquiera ha recibido spam nuevo. Abre la aplicación que rastrea los dispositivos de su familia: el móvil de su hijo, el de su esposo, el

suyo propio. Los datos tardan mucho en cargarse para señalar las ubicaciones geográficas dispares. La primera burbuja que aparece es la suya, AP, aquí mismo, en el centro de Lisboa. Luego la de su hijo, GP, exactamente donde debe estar en medio de la noche a seis mil quinientos kilómetros de distancia: dormido en su cama, junto a por lo menos uno de los perros, Scotch, y probablemente también Mallomar. Los perros son muy leales a George, y viceversa. La estrecha cama siempre está llena de mamíferos malolientes, apretados unos contra otros, soñando.

La aplicación aún no ha encontrado a John: su ícono JW marca “Ubicando...”, pero luego se rinde y admite el fracaso: “Ubicación no disponible”, como si Ariel tuviera que culpar al dispositivo, a la persona o a los caprichos del éter, a cualquier cosa excepto a la aplicación misma. Ni siquiera las aplicaciones quieren asumir culpas.

Ariel ya lleva tres minutos despierta.

Cuando dejó a su primer esposo hace casi quince años, Ariel también dejó atrás todo lo demás. Vacío su vida por completo y comenzó desde cero a llenar su nueva existencia pieza por pieza: una casa nueva de estilo antiguo, en un lugar nuevo y tranquilo, un nuevo bebé, un perro loco nuevo y luego un segundo perro más loco, un nuevo peinado y vestuario, una nueva carrera en una especialidad nueva, amigos y pasatiempos nuevos, una forma nueva de comportarse, de interactuar con el mundo e invitar al mundo a interactuar con ella. Ya no quería moverse por la vida siempre, únicamente y ante todo como una mujer atractiva.

Hace poco se dio cuenta de que estaba lista para agregar la pieza final de su nueva vida, que ya no era tan nueva y, tal vez, aún no estaba lo suficientemente completa. No puede evitar preguntarse si conjuró a John desde su deseo, o si fue al revés.

Él había permanecido de pie junto a la ventana durante mucho tiempo anoche, iluminado por las farolas que proyectaban

una sombra alargada en el techo, una forma extraña parecida a una pintura de Munch, en la luz azulada e inquietante de la noche de la ciudad. Ariel había sentido un rápido espasmo de miedo; una sensación conocida e inoportuna que la asalta sigilosamente de vez en cuando, ataques sorpresa que la invaden solo por momentos. Ella sabe que vendrán, pero no exactamente cuándo.

Ariel cerró los ojos con fuerza e inhaló profundamente, tratando de concentrarse en las sensaciones físicas inmediatas: la brisa cálida que soplaba desde el Tajo, el grito distante de una gaviota, una bocanada de aire marino, salado y tal vez con un poco de tufo a pescado, el ardor y el hormigueo de su piel cálida. Exhaló por la boca, lento y largo, completamente bajo control. Todo era cuestión de control.

Luego abrió los ojos y puso fin al pequeño drama que había existido solo en su mente, en su mundo personal de pánico.

Ariel había sido intrépida de joven, cuando la gente tiende a ser audaz. Había sido actriz, después de todo. ¿Qué es más audaz que eso? Pero luego la vida había conspirado contra su audacia, minado su coraje, hecho añicos su confianza en que podría moverse con seguridad por el mundo. No pudo.

John seguía ante la ventana abierta; su silueta desnuda era conocida —ella ha explorado cada centímetro de su cuerpo con los ojos, con las puntas de los dedos, con la lengua— y, al mismo tiempo, tan extraña como lo es cualquier cuerpo ajeno, cualquier otra persona. Ariel sabe cómo se ve, a qué sabe. Pero no cómo se siente ni qué piensa.

Años atrás, había perdido toda la fe en su capacidad para ver claramente a otras personas. Había estado muy segura de su primer esposo, pero se había equivocado por completo, el tipo de error que es sorprendentemente obvio en retrospectiva. Ariel solo había visto lo que Bucky quería que viera de él, lo que le había puesto delante. Ella había sido una cómplice

involuntaria de esa tergiversación de sí mismo, hasta que fue demasiado tarde no solo para esa relación, sino para todas sus relaciones. Había perdido la confianza en su propio juicio, en su capacidad para ver el verdadero yo de cualquiera. Durante mucho tiempo, ni siquiera lo intentó.

¿Aprendió algo? Por supuesto. Pero cualquier lección se desvanece si no continúas estudiando: cálculo diferencial, francés, historia del colonialismo, mitos griegos, Ariel no recuerda nada de todo eso. Ni siquiera puede recordar qué significa “cálculo diferencial”. Hace un par de años buscó la palabra en el diccionario, pero no le aclaró nada.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó.

John se volvió hacia ella y apartó el rostro de la luz de la farola hasta que Ariel dejó de ver su expresión. No veía nada, en realidad.

—Ya sabes. Solo pienso en mañana.

El mañana ya había llegado. Mañana era ahora.

Se duchará, eso es lo que hará. Se duchará y se vestirá con lo que eligió para hoy, hace ya una semana, deliberando ante su armario con un pequeño gráfico de qué ropa necesitará, para qué y en qué días de este corto viaje. Hoy será una falda a media pierna y una blusa campesina, sencilla, sin pretensiones, pero sexy. El atuendo normal de Ariel consiste en jeans y camisetas, sin nada de maquillaje. Pero este viaje a Lisboa no es normal, así que se maquillará y se pondrá un collar largo, y resaltarán partes de su cuerpo que normalmente no destaca.

Luego abrirá la puerta y encontrará el periódico estadounidense sobre la alfombrilla, con las historias sobre el funeral del vicepresidente y sobre el hombre que ha sido designado para sucederlo; las noticias que dominan los medios desde hace semanas.

Ariel recogerá ese periódico y bajará con cuidado por las amplias escaleras del hotel, se demorará en el mármol



resbaladizo, su mano se arrastrará por la barandilla de madera, pulida y brillante tras dos siglos de erosión prolongada por las manos humanas. Entrará con pasos largos en el comedor soleado que mira hacia la bulliciosa plaza rodeada de edificios elegantes, de tranvías viejos y peligrosos que rechinan sobre sus vías y vomitan turistas madrugadores y trabajadores con ojos soñolientos que mastican sus *pastéis*, dirigiendo sus ojos hacia la fachada distinguida del hotel, cuyas cortinas ondean a través de las puertas francesas de la planta baja, justo enfrente de la mesa donde Ariel y John ya han desayunado dos días seguidos; es su mesa, y ahí es donde su nuevo esposo estará, sentado con su café y sus periódicos, esperándola, mirándola con esa sonrisa...

Pero no está ahí.